

PROYECTO REVELADO EN EL MONTE

En pueblos “menos civilizados” que el nuestro he visto con frecuencia como, en los días de descanso, no pocas personas suben a los cerros (llamados “Apus” con la categoría de “dioses titulares”) para allí encontrarse consigo mismas, invocar a sus deidades y bajar al llano con nueva energía y clarividencia.

De hecho, en las religiones del Libro, los montes han tenido suma importancia. En el Monte Sinaí se reveló Dios a Moisés y le dio su Ley escrita; al monte Moriah, según las tradiciones musulmana y judía, subió Abraham para sacrificar a su hijo Isaac y, desde allí, [el profeta Mahoma, acompañado por el ángel Gabriel, realizó la travesía nocturna hacia el Trono de Dios \(el Corán, Sura Al-Isra 17:1\)](#). Allí resplandece hoy la hermosa mezquita de la Roca o de Omar. Jesús proclama su camino de dicha para el hombre desde el monte de las bienaventuranzas. Podríamos ampliar hasta el infinito ejemplos de grandes acontecimientos, religiosos o profanos, ocurridos en los montes.

Pero hay un hecho muy singular al que quiero referirme hoy. Precisamente cuando estamos más necesitados de un proyecto, de un objetivo en la vida, de un saber lo que queremos. Desde la perspectiva de un final prematuro y doloroso, anunciado a sus discípulos, a los que se invita a seguirlo hasta el final, Jesús sube a una montaña. Allí, a un grupo muy reducido de discípulos, se les aparece de manera nueva, esplendorosa. Y se oye una voz misteriosa: “éste es mi Hijo amado; escuchadlo”.

Esta voz significa algo así como: este hombre al que pronto vais a ver despreciado, humillado por todos, fracasado, crucificado, **es el Hombre**, el prototipo de humanidad. No os confundáis. Que las apariencias no os engañen. En medio del juicio, cuando va a ser condenado a muerte, la suprema autoridad que firmará la sentencia lo presentará como **“Éste es el Hombre”**.

Andamos buscando la autoestima, el aprecio de los demás, el éxito en la vida... Asociamos generalmente ese éxito a la posesión de riquezas o títulos, a cargos importantes en el tejido social, a logros espectaculares en el campo profesional. Los ídolos de niños y jóvenes son los grandes deportistas, los números uno en el mundillo de la música o el espectáculo...

Y resulta que hay un único personaje universal, que penetró en la historia hace 2000 años, despreciado y abandonado de todos y sentenciado a muerte como un delincuente, pero que hoy sigue siendo el paradigma de humanidad. Y no hay otro.

El proyecto de tal hombre es muy simple, asequible para todos. No se necesitan conocimientos especiales, ni facultades excepcionales, ni dotes innatas. **Es suficiente conocerlo a él, entusiasmarse con él y con su proyecto y seguirlo a la montaña**. Subir a ella por la ladera empinada del sacrificio y el esfuerzo. **Contemplantarlo en el monte**. Y bajar por la otra ladera para encontrarse con la gente, especialmente los necesitados y servirlos. Des-figurados como estamos por la necedad y el egoísmo, podremos configurararnos con Jesús, para llegar a ser trans-figurados. He aquí el proyecto cristiano.

JOSÉ MARÍA YAGÜE